

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Mujer con alcuza

*A Leopoldo Panero*

¿Adónde va esa mujer,  
arrastrándose por la acera,  
ahora que ya es casi de noche,  
con la alcuza en la mano?

Acercaos: no nos ve.  
Yo no sé qué es más gris,  
si el acero frío de sus ojos,  
si el gris desvaído de ese chal  
con el que se envuelve el cuello y la cabeza,  
o si el paisaje desolado de su alma.

Va despacio, arrastrando los pies,  
desgastando suela, desgastando losa,  
pero llevada  
por un terror  
oscuro,  
por una voluntad  
de esquivar algo horrible.

Sí, estamos equivocados.  
Esta mujer no avanza por la acera  
de esta ciudad,  
esta mujer va por un campo yerto,  
entre zanjas abiertas, zanjas antiguas, zanjas recientes,  
y tristes caballones,  
de humana dimensión, de tierra removida,  
de tierra  
que ya no cabe en el hoyo de donde se sacó,  
entre abismales pozos sombríos,

y turbias simas súbitas,  
llenas de barro y agua fangosa y sudarios harapientos del color de la desesperanza.

Oh sí, la conozco.

Esta mujer yo la conozco: ha venido en un tren,  
en un tren muy largo;  
ha viajado durante muchos días  
y durante muchas noches:  
unas veces nevaba y hacía mucho frío,  
otras veces lucía el sol y sacudía el viento  
arbustos juveniles  
en los campos en donde incesantemente estallan extrañas flores encendidas.

Y ella ha viajado y ha viajado,  
mareada por el ruido de la conversación,  
por el traqueteo de las ruedas  
y por el humo, por el olor a nicotina rancia.

¡Oh!:

noches y días,  
días y noches,  
noches y días,  
días y noches,  
y muchos, muchos días,  
y muchas, muchas noches.

Pero el horrible tren ha ido parando  
en tantas estaciones diferentes,  
que ella no sabe con exactitud ni cómo se llamaban,  
ni los sitios,  
ni las épocas.

Ella

recuerda sólo  
que en todas hacía frío,  
que en todas estaba oscuro,  
y que al partir, al arrancar el tren  
ha comprendido siempre  
cuán bestial es el topetazo de la injusticia absoluta,  
ha sentido siempre  
una tristeza que era como un ciempiés monstruoso que le colgara de la mejilla,  
como si con el arrancar del tren le arrancaran el alma,  
como si con el arrancar del tren le arrancaran innumerables margaritas, blancas  
cual su alegría infantil en la fiesta del pueblo,  
como si le arrancaran los días azules, el gozo de amar a Dios y esa voluntad de  
minutos en sucesión que llamamos vivir.  
Pero las lúgubres estaciones se alejaban,  
y ella se asomaba frenética a las ventanillas,

gritando y retorciéndose,  
solo  
para ver alejarse en la infinita llanura  
eso, una solitaria estación,  
un lugar  
señalado en las tres dimensiones del gran espacio cósmico  
por una cruz  
bajo las estrellas.

Y por fin se ha dormido,  
sí, ha dormitado en la sombra,  
arrullada por un fondo de lejanas conversaciones,  
por gritos ahogados y empañadas risas,  
como de gentes que hablaran a través de mantas bien espesas,  
sólo rasgadas de improviso  
por lloros de niños que se despiertan mojados a la media noche,  
o por cortantes chillidos de mozas a las que en los túneles les pellizcan las nalgas,  
...aún mareada por el humo del tabaco.

Y ha viajado noches y días,  
sí, muchos días,  
y muchas noches.  
Siempre parando en estaciones diferentes,  
siempre con una ansia turbia, de bajar ella también, de quedarse ella también,  
ay,  
para siempre partir de nuevo con el alma desgarrada,  
para siempre dormir de nuevo en trayectos inacabables.

...No ha sabido cómo.  
Su sueño era cada vez más profundo,  
iban cesando,  
casi habían cesado por fin los ruidos a su alrededor:  
sólo alguna vez una risa como un puñal que brilla un instante en las sombras,  
algún cuchillo como un limón agrio que pone amarilla un momento la noche.  
Y luego nada.  
Solo la velocidad,  
solo el traqueteo de maderas y hierro  
del tren,  
solo el ruido del tren.

Y esta mujer se ha despertado en la noche,  
y estaba sola,  
y ha mirado a su alrededor,  
y estaba sola,  
y ha comenzado a correr por los pasillos del tren,  
de un vagón a otro,  
y estaba sola,

y ha buscado al revisor, a los mozos del tren,  
a algún empleado,  
a algún mendigo que viajara oculto bajo un asiento,  
y estaba sola,  
y ha gritado en la oscuridad,  
y estaba sola,  
y ha preguntado en la oscuridad,  
y estaba sola,  
y ha preguntado  
quién conducía,  
quién movía aquel horrible tren.  
Y no le ha contestado nadie,  
porque estaba sola,  
porque estaba sola.  
Y ha seguido días y días,  
loca, frenética,  
en el enorme tren vacío,  
donde no va nadie,  
que no conduce nadie.

...Y esa es la terrible,  
la estúpida fuerza sin pupilas,  
que aún hace que esa mujer  
avance y avance por la acera,  
desgastando la suela de sus viejos zapatones,  
desgastando las losas,  
entre zanjas abiertas a un lado y otro,  
entre caballones de tierra,  
de dos metros de longitud,  
con ese tamaño preciso  
de nuestra ternura de cuerpos humanos.  
Ah, por eso esa mujer avanza (en la mano, como el atributo de una semidiosa, su  
alcuza),  
abriendo con amor el aire, abriéndolo con delicadeza exquisita,  
como si caminara surcando un trigal en granazón,  
sí, como si fuera surcando un mar de cruces, o un bosque de cruces, o una nebulosa  
de cruces,  
de cercanas cruces,  
de cruces lejanas.

Ella,  
en este crepúsculo que cada vez se ensombrece más,  
se inclina,  
va curvada como un signo de interrogación,  
con la espina dorsal arqueada  
sobre el suelo.  
¿Es que se asoma por el marco de su propio cuerpo de madera,

como si se asomara por la ventanilla  
de un tren,  
al ver alejarse la estación anónima  
en que se debía haber quedado?  
¿Es que le pesan, es que le cuelgan del cerebro  
sus recuerdos de tierra en putrefacción,  
y se le tensan tirantes cables invisibles  
desde sus tumbas diseminadas?  
¿O es que como esos almendros  
que en el verano estuvieron cargados de demasiada fruta,  
conserva aún en el invierno el tierno vicio,  
guarda aún el dulce álabe  
de la cargazón y de la compañía,  
en sus tristes ramas desnudas, donde ya ni se posan los pájaros?  
**©Dámaso Alonso**

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Oración por la belleza de una muchacha

Tú le diste esa ardiente simetría  
de los labios, con brasa de tu hondura,  
y en dos enormes cauces de negrura,  
simas de infinitud, luz de tu día;

esos bultos de nieve, que bullía  
al soliviar del lino la tersura,  
y, prodigios de exacta arquitectura,  
dos columnas que cantan tu armonía.

Ay, tú, Señor, le diste esa ladera  
que en un álabe dulce se derrama,  
miel secreta en el humo entredorado.

¿A qué tu poderosa mano espera?  
Mortal belleza eternidad reclama.  
¡Dale la eternidad que le has negado!  
©*Dámaso Alonso*

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### ¿Cómo era?

*¿Cómo era Dios mío, cómo era?*  
JUAN R. JIMÉNEZ

La puerta, franca.  
Vino queda y suave.  
Ni materia ni espíritu. Traía  
una ligera inclinación de nave  
y una luz matinal de claro día.

No era de ritmo, no era de armonía  
ni de color. El corazón la sabe,  
pero decir cómo era no podría  
porque no es forma, ni en la forma cabe.

Lengua, barro mortal, cincel inepto,  
deja la flor intacta del concepto  
en esta clara noche de mi boda,

y canta mansamente, humildemente,  
la sensación, la sombra, el accidente,  
mientras ella me llena el alma toda.

©*Dámaso Alonso*

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Insomnio

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).  
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro,  
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.  
Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.  
Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,  
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.  
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?  
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?

©*Dámaso Alonso*

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Monstruos

Todos los días rezo esta oración  
al levantarme:

Oh Dios,  
no me atormentes más.  
Dime qué significan  
estos espantos que me rodean.  
Cercado estoy de monstruos  
que mudamente me preguntan,  
igual, igual, que yo les interrogo a ellos.  
Que tal vez te preguntan,  
lo mismo que yo en vano perturbo  
el silencio de tu invariable noche  
con mi desgarradora interrogación.  
Bajo la penumbra de las estrellas  
y bajo la terrible tiniebla de la luz solar,  
me acechan ojos enemigos,  
formas grotescas que me vigilan,  
colores hirientes lazos me están tendiendo:  
¡son monstruos,  
estoy cercado de monstruos!

No me devoran.  
Devoran mi reposo anhelado,  
me hacen ser una angustia que se desarrolla a sí misma,  
me hacen hombre,  
monstruo entre monstruos.

No, ninguno tan horrible  
como este Dámaso frenético,  
como este amarillo ciempiés que hacia ti clama con todos sus tentáculos  
enloquecidos,  
como esta bestia inmediata  
transfundida en una angustia fluyente;  
no, ninguno tan monstruoso  
como esa alimaña que brama hacia ti,

como esa desgarrada incógnita  
que ahora te increpa con gemidos articulados,  
que ahora te dice:  
«Oh Dios,  
no me atormentes más,  
dime qué significan  
estos monstruos que me rodean  
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la noche.»  
©**Dámaso Alonso**

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Los contadores de estrellas

Yo estoy cansado.  
    Miro  
esta ciudad  
    —una ciudad cualquiera  
donde ha veinte años vivo.

Todo está igual.  
    Un niño  
inútilmente cuenta las estrellas  
en el balcón vecino.

Yo me pongo también...  
Pero él va más deprisa: no consigo  
alcanzarle:  
    Una, dos, tres, cuatro,  
cinco...

No consigo  
alcanzarle: Una, dos...  
tres...  
    cuatro...  
    cinco...

©**Dámaso Alonso**

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Gota pequeña, mi dolor

Gota pequeña, mi dolor.

La tiré al mar.

Al hondo mar.

Luego me dije: «A tu sabor,  
¡ya puedes navegar!»

Mas me perdió la poca fe...

La poca fe

de mi cantar.

Entre onda y cielo naufragué.

Y era un dolor inmenso el mar.

Mañana lenta,

cielo azul,

campo verde,

tierra vinariega.

Y tú, mañana, que me llevas.

carreta

demasiado lenta,

carreta demasiado llena

de mi hierba nueva,

temblorosa y fresca,

que ha de llegar —sin darme cuenta—

seca.

©*Dámaso Alonso*

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Sueño de las dos ciervas

¡Oh terso claroscuro del durmiente!  
Derribadas las lindes, fluyó el sueño.  
Sólo el espacio.

Luz y sombra, dos ciervas velocísimas,  
huyen hacia la fuente de aguas frescas,  
centro de todo.

¿Vivir no es más que el roce de su viento?  
Fuga del viento, angustia, luz y sombra:  
forma de todo.

Y las ciervas, las ciervas incansables,  
flechas emparejadas hacia el hito,  
huyen y huyen.

El árbol del espacio. (Duerme el hombre.)  
Al fin de cada rama hay una estrella.  
Noche: los siglos.

©**Dámaso Alonso**

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Voz del árbol

¿Qué me quiere tu mano?  
¿Qué deseas de mí, dime, árbol mío?  
...Te impulsaba la brisa: pero el gesto  
era tuyo, era tuyo.

Como el niño, cuajado de ternura  
que le brota en la entraña y que no sabe  
expresar, lentamente, tristemente,  
me pasaste la mano por el rostro, me acaricié tu rama.

¡ Qué suavidad había  
en el roce! ¡Cuán tersa  
debe de ser tu voz! ¿Qué me preguntas?  
Di, ¿qué me quieres, árbol, árbol, mío?

La terca piedra estéril,  
concentrada en su luto  
-frenética mudez o grito inmóvil-,  
expresa duramente,  
llega a decir su duelo  
a fuerza de silencio atesorado.

El hombre  
-oh agorero croar, oh aullido inútil-  
es voz en viento: sólo voz en aire.  
Nunca el viento y la mar oirán sus quejas.  
Ay, nunca el cielo entenderá su grito;  
nunca, nunca, los hombres.

Entre el hombre y la roca,  
¡con qué melancolía  
sabes comunicarme tu tristeza,  
árbol, tú, triste y bueno, tú el más hondo,  
el más oscuro de los seres! ¡ Torpe  
condensación soturna  
de tenebrosos jugos minerales,  
materia en suave hervor lento, cerrada  
en voluntad de ser, donde lo inerte

con ardua afinidad de fuerzas sube  
a total frenesí! ¡Tú, genio, furia,  
expresión de la tierra dolorida,  
que te eriges, agudo, contra el cielo,  
como un ay, como llama,  
como un clamor! Al fin monstruo con brazos,  
garras y cabellera:  
¡oh suave, triste, dulce monstruo verde,  
tan verdemente pensativo,  
con hondura de tiempo,  
con silencio de Dios!

No sé qué altas señales  
lejanas, de un amor triste y difuso,  
de un gran amor de nieblas y luceros,  
traer querría tu ramita verde  
que, con el viento ahora  
me está rozando el rostro.  
Yo ignoro su mensaje  
profundo. La he cogido, la he besado.  
(Un largo beso.)  
¡ Mas no sé qué quieres  
decirme!

# Dámaso Alonso

---

## Poemas

### Hombre y Dios

Hombre es amor. Hombre es un haz, un centro  
donde se anuda el mundo. Si hombre falla,  
otra vez el vacío y la batalla  
del primer caos y el Dios que grita «Entro!» .

Hombre es amor, y Dios habita dentro  
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;  
con esos ojos fisga, tras la valla,  
su creación, atónitos de encuentro.

Amor-Hombre, total rijo sistema  
yo (mi Universo). ¡Oh Dios, no me aniquiles  
tú, flor inmensa que en mi insomnio creces!

Yo soy tu centro para ti, tu tema  
de hondo rumiar, tu estancia y tus pensiles.  
Si me deshago, tú desapareces.